

Avances en Psicología Latinoamericana
Fundación para el Avance de la Psicología
apl@rpsi.org
ISSN (Versión impresa): 1794-4724
COLOMBIA

2005

Mercedes Cubero Pérez / Andrés Santamaría Santigosa

PSICOLOGÍA CULTURAL: UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL E HISTÓRICA AL
ENCUENTRO ENTRE MENTE Y CULTURA

Avances en Psicología Latinoamericana, año/vol. 23

Fundación para el Avance de la Psicología

Bogotá, Colombia

pp. 15-31

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



PSICOLOGÍA CULTURAL: UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL E HISTÓRICA AL ENCUENTRO ENTRE MENTE Y CULTURA

MERCEDES CUBERO PÉREZ*

Y

ANDRÉS SANTAMARÍA SANTIGOSA
Universidad de Sevilla, España

ABSTRACT

The aim of this paper is to analyse different theoretical approaches that stand out the relevance of studying the differential aspects of mental functioning and its causes. These perspectives are supposed to, in a different grade, overcome the mainstream position about the study of the invariable nature of mind. So, in this paper, we try to find some conceptual clues in order to understand the current state of Cultural Psychology. We explore two perspectives interested in analyzing the role of culture in mental life. The first one starts with the positivistic and realistic tradition of Enlightenment –being Cross-cultural Psychology a modern version–. The second one comes from a relativistic point of view as the one that involves the movement of Romantic Revolution against Enlightenment Rationalism. This last perspective is represented by the second psychology of Wundt.

Key words: mind, culture, dialectic interaction, cultural psychology, history.

* Correspondencia: MERCEDES CUBERO PÉREZ. Laboratorio de Actividad Humana, Departamento de Psicología Experimental, Universidad de Sevilla, Av. Camilo José Cela s/n, 41018 Sevilla, España. Teléfono: (34-95) 4557743. Fax: (34-95) 4551784. Correo electrónico: cubero@us.es

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar diferentes posiciones teóricas que sitúan como centro de debate el análisis de los aspectos diferenciales del funcionamiento mental y de las causas que generan tales diferencias. Son perspectivas que, en cierto sentido y en distinto grado, abandonan la posición hegemónica detentada por el estudio de los aparentes invariantes de la mente. Con ello se pretende resaltar algunas claves conceptuales que nos permiten entender el presente de dicha disciplina. En concreto exploraremos dos líneas de pensamiento interesadas en analizar el papel de la cultura en la vida mental. Una primera arranca de la tradición positivista y realista de la Ilustración, teniendo su versión más actualizada en la Psicología Transcultural. Una segunda proviene de posiciones relativistas como la que encarna el movimiento de la Revolución Romántica contra el racionalismo de la Ilustración. Esta toma forma en la segunda psicología de Wundt.

Palabras clave: mente, cultura, interacción dialéctica, psicología cultural, historia.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se exploran los orígenes de una disciplina que en los últimos años ha venido tomando cuerpo pero que de algún modo estaba ya presente en la antigüedad clásica. Nos referimos a la denominada Psicología Cultural, al estudio del papel de la cultura en la vida mental de los seres humanos.

En torno a este estudio, a lo largo de la historia de la psicología ha existido, y aún existe, una contradicción que interesa destacar. Por una parte, se reconoce que una de las características definitorias de los seres humanos es su capacidad y necesidad de vivir en contextos culturales. Por otra, sin embargo, es habitual por parte de gran cantidad de psicólogos académicos asignar un papel secundario a la cultura en la construcción de la vida mental. ¿Cómo entender tal contradicción?; la cultura es importante en la constitución de lo mental, no obstante se le asigna un papel secundario. Dicho de otro modo ¿por qué resulta tan difícil incluir la cultura dentro de las agendas de algunos psicólogos y de algunas psicologías? Y, quizá más importante, si creemos que la cultura es consustancial al pensamiento y

a la acción humana ¿qué deberíamos hacer para que fuera aceptada científicamente? Por supuesto, estas cuestiones no son en modo alguno originales. Tal vez las respuestas sí puedan llegar a serlo.

En las últimas décadas, han sido muchos y variados los intentos por presentar argumentos a favor de una psicología que incluyera la cultura. Se ha defendido la idea de que mientras no se evalúe la posible variabilidad cultural de los procesos psicológicos resultará imposible determinar si éstos son universales o específicos a circunstancias culturales particulares. Precisamente, este centro de interés constituye el núcleo de debate principal de un modo de hacer psicología que en la actualidad ha tomado forma en la denominada Psicología Cultural.

La Psicología Cultural se ha desarrollado principalmente como una respuesta alternativa a los proyectos de psicología que no incluían, como elementos claves de sus agendas, a la cultura y a su relación dialéctica con el individuo, como por ejemplo el proyecto de la Psicología Cognitiva. Pero al mismo tiempo supone un análisis crítico de aquellos enfoques que, aún enfatizando el papel de las fuerzas histórico-

culturales, no adoptan una perspectiva dialéctica. La Psicología Cultural se ha constituido, entre otros factores, a partir de las críticas al modo en el que algunos enfoques intentaron superar las deficiencias de la Psicología Cognitiva, pero desde esta misma perspectiva. Greenfield (1997), señala que quizá el error de estos enfoques fue mantener los términos de dicha relación. Estamos hablando de la Psicología Transcultural. Desde este enfoque, los procesos cognitivos son considerados capacidades globales, homogéneas, más o menos permanentes y universales, que permiten ser analizadas como variables dependientes.

El interés de la Psicología Cultural, más que en las funciones mentales universales, se centra en los aspectos diferenciales de las mismas. Aún reconociendo la naturaleza biológica y cultural del ser humano, persigue, primordialmente, resaltar el papel de la cultura en el desarrollo psicológico. La cultura es aquí considerada como una característica específica del ser humano. Así, la Psicología Cultural adopta una posición intermedia en cuanto a la relación entre mente y cultura. Asume que estos términos son dos caras de la misma moneda, ya que ambas están en la génesis y son producto de la otra (Boesch, 1996; Bruner, 1997; Cole, 1996/1999; Eckensberger, 1990; Shweder, 1991). De alguna manera, la cultura es un fenómeno indiferenciable de la propia mente (Overton, 1997).

Quizá una de las aportaciones de interés del presente artículo sea la de considerar a la Psicología Cultural no como un campo específico de investigación o una rama concreta de la psicología, sino como un modo de hacer psicología (Boesch, 1991, 1996; Cole, 1996/1999). Más en concreto, como una manera determinada de abordar los fenómenos y problemas en los que están interesados los psicólogos. En adelante, se intentará mostrar cómo la Psicología Cultural representa un renovado interés por el análisis de la relación mente-cultura y se defenderá la existencia de una larga trayectoria histórica en este campo que no puede ser olvidada.

El debate sobre la influencia de la cultura en los procesos psicológicos individuales y las preguntas que de él se derivan sobre la naturaleza de la mente humana, tienen una larga trayectoria en la historia de la ciencia, en general, y de la psicología, en particular. En este trabajo haremos un breve recorrido histórico. Recorrido, que no pretende ser, en sentido estricto, una historia de la Psicología Cultural, ya que no siempre encontramos una línea directa de descendencia entre los distintos movimientos y autores a los que haremos referencia y la Psicología Cultural de nuestros días. Lo que no significa que no se puedan rastrear las huellas del legado de ciertas corrientes que le antecedieron en un tiempo más o menos cercano. A veces, simplemente como postura a la que enfrentarse y criticar, otras, como punto de partida sobre el que profundizar.

Nuestro propósito es proporcionar una perspectiva histórica de la Psicología Cultural, entendida ésta en sentido amplio, una visión de los elementos de continuidad y cambio en las nociones sobre cultura y mente. Todas las posiciones conceptuales sobre las que discutiremos, que han surgido y se han desarrollado en distintos momentos de la historia del pensamiento, tienen un punto en común, el interés por identificar las variables culturales que influyen en la génesis y evolución de los procesos psicológicos y que pueden estar determinando la existencia de diferencias individuales en los mismos. Cada una de ellas supone, por tanto, la visión predominante en una época de la relación entre cultura y mente.

Relatar esta historia nos permitirá demostrar como un *ethos* que ignora la cultura y que ha dominado durante gran parte de este siglo es, en palabras de Jahoda (1992/1995), una aberración temporal. Esta historia de la relación entre mente y cultura no sólo nos ayudará, por otra parte, a entender mejor las visiones actuales sobre dicha relación, sino que, además, nos proporcionará datos sobre cómo la propia historia del pensamiento ha contribuido a moldear nuestras ideas actuales sobre el tema; es decir, recrea el pasado del que es heredero. En este sentido, el

interés, utilidad e incluso la necesidad de una dimensión histórica cuando se pretende describir y explicar una determinada área del saber, lo encontramos en autores clásicos como Vygotski (1978/1979a, 1979b, 1934/1986, 1991, 1993). Este autor, en distintos momentos de su obra insistió en la conexión entre historia y Psicología. Su defensa del método genético, de la necesidad de métodos de investigación y análisis que estudien los fenómenos en su proceso de cambio, en su génesis, formación y transformación, es la muestra más evidente de cómo, para él, el análisis histórico de las acciones humanas no es un aspecto auxiliar del estudio, sino que constituye su propia esencia y naturaleza. La defensa de una perspectiva histórica se constituye, además, en la pieza clave que estructura tanto las aportaciones teóricas como metodológicas de la tan olvidada segunda Psicología de Wundt o Psicología de los Pueblos (Wundt, 1900-1909/1916).

La existencia de muy buenas revisiones sobre el tema nos ayudará a ir más allá en el análisis de las nociones de mente y cultura, así como del modo en que ambas se han relacionado (Cole, 1996/1999; Cubero, 1999; Jahoda, 1992/1995, 1993; Jahoda & Krewer, 1997; Moore, 1997; Poortinga, 1997; Santamaría, 2000; Shweder, 1991; Triandis & Berry, 1980; Triandis & Heron, 1981; Triandis & Lambert, 1980; Triandis & Lonner, 1980). En esta empresa incluiremos tanto las aportaciones de filósofos, antropólogos y psicólogos pioneros en el intento de relacionar las evoluciones de la cultura y la mente, como los antecedentes más directos de la Psicología Cultural.

Las primeras, aunque sin demasiado rigor metodológico, representan los cimientos de un interés por los estudios comparativos de las características psicofísicas de individuos de

distintas culturas, enmarcados bajo los presupuestos de la Ilustración. Haremos también referencia a la respuesta a estas concepciones, para lo cual se hará mención al movimiento denominado como “La Rebelión Romántica” desde sus preámbulos con Giambattista Vico, hasta su expresión en el relativismo cultural de J. G. Herder. Así como algunos de los autores más señeros centrados en lo que denominaban la búsqueda de “La Unidad Psíquica de la Humanidad”, como T. Waitz y A. Bastian. En último lugar citaremos algunos trabajos que representan los albores de la Psicología Transcultural¹.

Por último, entre los antecedentes más directos, y más extensamente citados en la literatura psicológica actual sobre Psicología Cultural, encontramos la denominada Psicología de los Pueblos, desde sus primeros momentos –con Lazarus y Steinthal– hasta su reformulación y desarrollo en la perspectiva de Wundt (Cole, 1990a, 1990b, 1996/1999; Cubero, 1999; de la Mata & Cubero, 2003; Eckensberger, 1990; Jahoda, 1992/1995; Jahoda & Krewer, 1997; Krewer, 1990; Krewer & Jahoda, 1990; Santamaría, 2000; Shweder, 1990; etc.). Señalaremos además, cómo a partir de determinadas críticas hechas a la Psicología Transcultural desde dentro de la misma se ha generado la necesidad de una Psicología que bien puede ser etiquetada como Cultural.

LA PERSPECTIVA RACIONALISTA DE LA ILUSTRACIÓN

Una de estas líneas de pensamiento, la que encuentra sus raíces en la perspectiva empirista y racionalista del pensamiento ilustrado, se caracteriza por defender modelos basados en la observación, argumentar a favor de la misma

1. Somos conscientes de las ausencias. La antropología de Boas, la obra de Malinowski -derivada en parte de la de Bastian-, el movimiento de Cultura y Personalidad de Kardiner, el interaccionismo simbólico de Mead, el funcionalismo de Durkheim, entre otros, juegan un papel protagonista en este recorrido por el estudio de la relación entre la cultura y la mente. No obstante, su desarrollo excedería con mucho los límites del presente trabajo.

naturaleza interna y mental de todos los hombres y, sobre todo, por explicar las diferencias humanas sobre la base de la doctrina o el ideal del progreso. (Braudel, 1980, Jahoda, 1992/1995; Jahoda & Krewer, 1997). Según ésta, la humanidad avanza de manera inevitable por una sucesión fija de estadios o etapas que suponen una evolución ascendente en el nivel de progreso desde el salvajismo y la “barbarie” hasta la civilización. Esta perspectiva, implica un uso de la noción de cultura muy próximo al concepto de civilización, como el estado de bienestar que se alcanza una vez salido de la barbarie. Esta concepción implica una visión racionalista de la evolución de la civilización o cultura, entendida ésta como un todo. Intentos como los de la psicología sensista de E.B. Condillac y trabajos como los de J.M. Degérando, enmarcados dentro de la “Sociedad para los Observadores del Hombre”, representan las primeras tentativas en el desarrollo de una ciencia empírica basada en la observación y encaminada en la búsqueda de explicaciones no innatistas del desarrollo humano.

Los descendientes más directos de esta línea de pensamiento los encontramos en los teóricos que, frente a un poligenismo en auge en el siglo XIX, defendieron la unidad psíquica de la humanidad. Éstos, frente a la idea básica de los teóricos de la raza de que los humanos tiene una multiplicidad de orígenes, lo que justifica las diferencias entre ellos, defienden la idea ilustrada de la unidad psíquica de la humanidad. Tal defensa les obligó a buscar las causas de las diferencias entre los humanos fuera de la biología, por lo que centraron su interés en la relación entre mente y cultura (Jahoda & Krewer, 1997).

Así, de manera más clara que los autores anteriores, apostaron por la evolución conjunta de cultura y mente y, como en el caso de T. Waitz, se llegó a estrechar tanto dicha relación que se defendió también la influencia de la mente en la cultura. Este autor establece una relación dialéctica de interdependencia entre mente y cultura, en términos similares a los empleados recientemente por autores como Cole y sus colegas (Cole, 1990a, 1990b, 1992, 1995a,

1995b, 1996/1999). No sólo considera que la cultura determina los modos de pensar y relacionarse con los demás, sino que va más allá y analiza el otro sentido de la relación. También el pensamiento incide en la cultura generándola y preservándola. Esta relación es, en parte, producto de una crítica al ideal de progreso, que aunque en el caso de Waitz es implícito, en autores como A. Bastian es explícito.

El concepto clave de la teoría de Bastian es precisamente la noción de idea, y más concretamente los términos “ideas elementales” (compartidas por todos los pueblos) e “ideas de los pueblos” (específicas de cada contexto físico o temporal, producto de condicionantes ambientales e históricos). Su objetivo último era construir de manera inductiva los procesos de cambio y transformación de las ideas, así como las leyes de desarrollo histórico que guiaban dichas transformaciones (Koepping, 1983). Así, cuando trabajaba con las ideas de los pueblos recogía material etnográfico sobre creencias, prácticas religiosas, mitos, costumbres, leyes, instituciones, artefactos, etc. En este sentido, podríamos decir que la noción de “ideas de los pueblos” es una noción próxima a lo que en la actualidad se conoce como cultura. Ya en estos momentos es común, para los teóricos que defendían la unidad psíquica de la humanidad, aceptar la existencia de fenómenos psicológicos universales (los procesos) y de otros determinados claramente por la cultura (los contenidos del pensamiento), ambos objetos de la ciencia psicológica.

La Psicología Transcultural, de orientación claramente positivista, podría considerarse la culminación de esta línea de pensamiento sobre la relación entre mente y cultura. Ésta encuentra sus raíces más directas en las ideas de la Ilustración sobre la unidad psíquica de la humanidad, y hasta cierto punto recupera el enfoque racionalista del hombre y de su evolución derivado de la doctrina de progreso. Obviamente, las exigencias teóricas y metodológicas de una nueva psicología y las conclusiones de los trabajos realizados bajo este prisma han generado importantes avances,

sobre todo en lo que se refiere al nivel de formulación conceptual y a los apoyos empíricos con los que cuenta tal visión. Sin embargo, su línea de argumentación básica no se ha visto modificada, continúa centrada, fundamentalmente, en el estudio de los universales cognitivos y las diferencias en éstos generadas por las condiciones ecológicas, sociales, culturales e históricas de vida.

Así, se entiende la relación entre lo cognitivo y los aspectos socioculturales desde un punto de vista causalista y determinista; es decir, en términos de variables dependientes e independientes respectivamente. En cuanto a los aspectos metodológicos, aunque se ha avanzado mucho en la búsqueda de materiales y tareas más significativas para los sujetos estudiados, el modo de obtención de los datos sigue siendo fundamentalmente a través de estudios comparativos.

Esta perspectiva se refleja en la mayoría de definiciones que sobre la Psicología Transcultural podemos encontrar en el último cuarto de este siglo (una buena muestra de éstas pueden encontrarse en Lonner & Adamopoulos, 1997). Una de las más claras y frecuentemente referenciada es la de Berry, Poortinga, Segall y Dasen (1992), según los cuales la Psicología Transcultural es:

“el estudio de las similitudes y diferencias en el funcionamiento psicológico individual en varias culturas y grupos étnicos; de la relación entre variables psicológicas y variables socioculturales, ecológicas y biológicas; y de los cambios en estas variables.” (p. 2).

Estos mismos autores resumen los objetivos principales de esta disciplina en tres, a saber: (a) explorar y descubrir las variaciones de las conductas en otras culturas y buscar explicaciones para tales variaciones; (b) poner a prueba lo generalizable que puede llegar a ser la teoría psicológica, cuando desde ella se proponen hipótesis que se intentan corroborar en otras culturas; (c) integrar los hallazgos obtenidos de

los dos primeros objetivos, para desarrollar una psicología más universal.

Por todo lo expresado, la Psicología Transcultural, a pesar de que se preocupa por la relación entre mente y cultura difiere, considerablemente, en sus presupuestos teóricos, métodos y objetivos, de la Psicología Cultural, lo que no significa que sean modos de hacer psicología totalmente irreconciliables (el trabajo de Poortinga, 1997, por ejemplo, es un intento de hacer converger estas distintas perspectivas). De hecho, algunos de los psicólogos que en la actualidad más claramente se les reconoce como principales abanderados de la Psicología Cultural, como son los casos de J. Bruner o de M. Cole, empezaron sus vidas como investigadores en el seno de la Psicología Transcultural; o el mismo E. E. Boesch reconocido por muchos como el pionero de la Psicología Transcultural en Alemania (Eckensberger, 1990).

LA REBELIÓN ROMÁNTICA CONTRA LA ILUSTRACIÓN

Permítasenos un salto hacia atrás en la historia para presentar el punto de arranque de la segunda tradición en el estudio de la relación entre mente y cultura. Éste podríamos situarlo en el movimiento denominado la “Rebelión Romántica” contra el racionalismo de la Ilustración (Shweder, 1990, 1991, etc.). Esta línea de pensamiento crítica de la primera su empirismo y defiende la necesidad de utilizar métodos evolutivos o históricos. También de manera muy especial critica su defensa de la doctrina del progreso y la perspectiva racionalista del hombre y de su evolución que ésta implica.

Siguiendo a Albano (1986) y a Berlin (1976) podríamos decir que entre los autores más representativos de dicho movimiento, G. Vico y J.G. Herder, hay diferencias importantes. Para empezar, Vico desarrolló su teoría durante los mismos años en que se estuvo gestando el pensamiento filosófico de la Ilustración y previamente a que éste alcanzara su punto

álvido. De hecho, propiamente hablando, debería situársele mejor en el humanismo barroco o como antecedente de la rebelión romántica y no como representante de ésta. En cambio, Herder y su defensa del relativismo cultural, fue, en principio, un seguidor de los ideales de la Ilustración, aunque más tarde se alzó como uno de sus principales detractores. Sin embargo, a pesar de sus diferencias, estos autores comparten tres pilares básicos de sus respectivas teorías, las cuales han dejado profundas huellas en lo que hoy en día es conocido como Psicología Cultural.

En primer lugar es importante considerar que ambos diferían radicalmente en la noción de cultura de la Ilustración. Mientras que en la Ilustración la noción de cultura y/o civilización se utilizaba en singular y la humanidad se conceptualizaba como un todo indiferenciado, Vico y Herder asumen una idea de cultura en plural que supieron concretar en la existencia de culturas específicas, a las que denominaron “naciones” y “pueblos” respectivamente. La importancia que Herder concedió a la cultura se constata además en que en su análisis no pone el énfasis en el estudio de la naturaleza de los individuos aislados, sino como miembros de una cultura.

En segundo lugar, podemos aludir a la crítica explícita de ambos al ideal de progreso de la humanidad. Crítica que abarca a dos de los implícitos de dicha doctrina. En primer lugar, se critica el implícito de que sea la humanidad, entendida como un todo, la que pase por las distintas etapas. Como alternativa se propone que es cada una de las culturas específicas la que transcurre por sus distintos momentos. El segundo implícito rechazado es la secuencia fija de etapas inalterables de la evolución de la naturaleza humana. Herder, si cabe aún, fue más radical que Vico en lo que se refiere a su crítica al ideal de progreso de la humanidad y al papel que le otorga a la cultura en la determinación de las características psicológicas de los individuos (Berlin, 1976; Berlyne, 1980). No sólo defiende las evoluciones socio-

históricas, políticas y ambientales particulares de cada cultura en distintos tiempos, como Vico (1725/1995), sino además, la heterogeneidad y multiplicidad de formas que la naturaleza humana puede adoptar.

El tercer pilar que comparten ambos autores es la potencialidad que otorgaron al lenguaje, como principal agente de los cambios de valores y modos de pensamiento (Burke, 1985; Cole, 1996/1999). Vico consideraba que la historia de las palabras era clave para rastrear la historia de las mentalidades, ya que en el significado de las palabras se refleja las maneras de pensar y sentir de una cultura y sus individuos. Así, entendía que de la historia de la lengua se podían extraer datos sobre qué cualidades y sentimientos eran más valorados en una cultura y en un momento específico, o cuáles eran sus intereses o juicios morales, etc.

Pero lo que más nos puede interesar es su propuesta acerca de que la naturaleza humana se debe comprender necesariamente por medio de un análisis histórico del lenguaje. Herder, al igual que Vico, resalta la importancia del lenguaje. Por un lado, le otorga la función de ser capaz de unificar el grupo o cultura, al ser el elemento más básico que comparte y le da identidad grupal. En segundo lugar, sólo a través de él nos aseguramos la comunicación entre individuos y la transmisión de formas de pensar, de sentir, etc. Es, en cierto sentido, el que asegura el mantenimiento y transmisión de la cultura de cada comunidad. Fue Herder quien introdujo la noción de *Volk*, una comunidad de personas cuyo lenguaje y tradiciones históricas moldean los procesos mentales y proporcionan recursos esenciales para su proceso de desarrollo (Herder, 1774/1982, citado en Berlin, 1976). Es en este sentido en el que a menudo se atribuye a Herder la formulación inicial del concepto actual de relativismo cultural, pues él creía que la diversidad de *Volk* es algo valioso, y afirmó que las naciones cambian según el lugar, el tiempo y su carácter interno. Tal consideración del papel que juega el lenguaje en el desarrollo psicológico, junto con su visión sobre la determinación histórico-cultural de la mente hacen que Vygotski

lo considere el más próximo inspirador de sus ideas sobre la naturaleza del psiquismo (Vygotski, 1930/1981a, 1934/1986, 1991, 1993).

EL INTENTO POR RECONCILIAR LAS CIENCIAS NATURALES Y CULTURALES: LA PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS

La tradicional dicotomía entre las teorías a-históricas y universales de la mente y las teorías históricas remite a otra dicotomía, la oposición entre las ciencias “naturales” y las “culturales-históricas”. Berlin (1981/1983) contrasta los supuestos de una y otra ciencia en relación a la naturaleza humana del siguiente modo. Para la ciencia natural, a) cualquier pregunta real tiene una única respuesta verdadera, b) el método para responder a los problemas es racional y aplicable universalmente, y c) las soluciones a los problemas son verdaderas universalmente. Para las ciencias histórico-culturales, a) las respuestas a las preguntas reales dependen de los supuestos y los puntos de vista particulares proporcionados por la cultura en cuestión, y b) tanto el método para llegar a una respuesta como lo que constituye un problema o una respuesta son localmente contingentes, no universales.

A mediados del siglo XIX se desarrollan varias tentativas para reconciliar las afirmaciones contrapuestas de la ciencia natural y las ciencias humanas. Debido al creciente prestigio de las ciencias naturales, las reconciliaciones planteadas tenían muchas posibilidades de estar sesgadas hacia propuestas sobre el modo en que podría extenderse la categoría científica al estudio de los procesos y los productos de la vida mental. No obstante, la importancia de los estudios históricos para comprender la mente también consiguió amplia aceptación. Como resultado de todo esto, se comienzan a encontrar propuestas para una psicología que incorpore ambas cosmovisiones dentro de una única disciplina.

Podemos situar aquí la propuesta de J. S. Mill acerca de lo que él llamó una psicología dual. Este autor defendía, en contra de la opinión

admitida en la época, que los pensamientos, los sentimientos y las acciones podían ser realmente objeto de estudio científico. La propuesta de Mill era crear una ciencia dual, “...empleamos el nombre de *Psicología para la ciencia de las leyes elementales de la mente*, *Etología servirá para la ciencia posterior que determina el tipo de carácter producido en conformidad con esas leyes generales...*” (Mill, 1943/1948, pág 176, citado en Cole, 1996/1999). Pero lo que es más importante, esta ciencia dual requería una metodología dual. La Psicología utilizaría la experimentación y la deducción para producir leyes mentales elementales. La Etología, el estudio del carácter, se basaría en generalizaciones aproximadas de los elementos al todo.

Esta segunda línea de pensamiento fue posteriormente desarrollada por el idealismo alemán, fundamentalmente por el movimiento denominado como Psicología de los Pueblos. Los dos fundadores de la primera versión de la Psicología de los Pueblos fueron M. Lazarus y H. Steinthal. Estos autores utilizaron las ideas de Mill, junto con las de Von Humboldt, con el objetivo de reconciliar las ciencias naturales y las culturales/históricas (Jahoda, 1992/1995; Krewer & Jahoda, 1990; Whitman, 1984). Su propósito fue el de explicar las diferencias en el *Volkgeist* (Espíritu del Pueblo) de manera que fuera simultáneamente científica e histórica.

La psicología desarrollada por Lazarus y Steinthal se caracteriza, fundamentalmente, por poner en el centro de interés los aspectos sociales y culturales de la vida de los individuos, en cuanto que responsables de la constitución psicológica de éstos. La clara orientación social de la Psicología de Lazarus y Steinthal se refleja en su insistencia en la necesidad de estudiar las conductas, actividades y productos del grupo. Y esto es porque consideraban que los fenómenos mentales colectivos tienen prioridad psicológica y temporal sobre los fenómenos puramente individuales, sobre el desarrollo de los cuales influyen decisivamente. Compartían la crítica de Herder a la doctrina del progreso y la perspectiva racionalista del hombre y de su evolución que

ésta implica. Asumían también la alternativa sugerida por este último a dicha doctrina, centrando, por tanto, su análisis, no en el estudio de la naturaleza de los individuos aislados, sino como miembros de una cultura. Precisamente de él tomaron el papel central concedido a la cultura como la fuerza productiva y unificadora del desarrollo histórico específico de las diferentes personas, y la importancia del lenguaje, como producto cultural, que desempeña un papel primordial en dicho desarrollo. Producto de tales influencias, defienden una estrecha relación entre mente y cultura y entre mente y lenguaje (Krewer & Jahoda, 1990).

Pero existen dos autores que influyeron aun más si cabe, en la psicología de Lazarus y Steinthal. Nos referimos al filósofo y psicólogo alemán Herbart y al lingüista también alemán Humboldt (Jahoda & Krewer, 1997; Krewer & Jahoda, 1990). De manera muy resumida, y respecto a la relación entre mente y cultura, podríamos decir que del primero asumieron su insistencia en la determinación social de la constitución psicológica del individuo; lo que les proporcionó su hipótesis básica: los fenómenos colectivos deben ser analizados como acontecimientos similares de los que suceden en la mente individual. Por otro lado, de Humboldt tomaron su defensa de la estrecha relación existente entre lenguaje, pensamiento y la mentalidad de los pueblos. Este autor, a principios del siglo XIX, introduce el término *Völkerpsychologie*, para referirse al estudio del *Geist* nacional, el “espíritu del pueblo”, lo que hoy llamaríamos el estudio del carácter nacional. En sintonía con el interés de Herder por la fusión del lenguaje, la costumbre y la mente en un *Volk*, Humboldt afirmó que el lenguaje y el pensamiento están íntimamente relacionados, lo que implica que los modos de pensamiento encontrados en cada grupo cultural mostrarán diferencias fundamentales. De este modo, Humboldt, al igual que harán Lazarus y Steinthal, analiza la mente humana a través del estudio de sus lenguajes, ya que considera que el lenguaje cumple funciones primordiales tanto en el plano individual como en el social (Cubero, 1999).

La importancia de ambos autores se debe fundamentalmente a que desarrollaron y popularizaron el término acuñado por Herder de *Völk* o espíritu de un pueblo, término que Herder definía de manera muy parecida a lo que en la actualidad llamamos cultura. Lazarus y Steinthal ampliaron dicha noción, incluyendo bajo este epígrafe a los fenómenos mentales y materiales comunes a un grupo que relacionan y cohesionan a los miembros de una colectividad a través, sobre todo, del lenguaje, el arte, los mitos, y las costumbres. Es lo que hace que el grupo, como tal, se constituya en algo más que la adición de individualidades (Carpintero, 1996; Cole, 1996/1999; Jahoda, 1992/1995; Klineberg, 1980; Krewer & Jahoda; 1990). La relación entre lo individual y social en estos autores nos recuerda mucho a la concepción de Vygotski, especialmente como queda expresada por éste en *la ley genética del desarrollo cultural*.

Es en este punto en el que nos parece más sugerente las aportaciones de Lazarus y Steinthal de cara a la constitución de una Psicología Cultural. La cultura se relaciona muy estrechamente con el individuo, ya que toma existencia al penetrar y rodear al individuo (Jahoda & Krewer, 1997; Krewer & Jahoda, 1990). Dicho de otro modo, es, por un lado, parte del individuo al dotarle de conocimientos, sentimientos valores, actitudes que el sujeto aprende en su contexto social e histórico y hace suyas y, por otro lado, es parte de su contexto material e institucional, en la medida que le da contenido, estructura y sentido a los mismos. Estos autores consideran que la cultura “vive” dentro y fuera del individuo. Tales afirmaciones han dejado huellas muy profundas en los teóricos posteriores interesados por la relación entre mente y cultura, como por ejemplo los representantes de la Psicología Sociocultural o la Psicología Cultural. De hecho no se apartaría mucho de lo que éstos afirmarían sobre el papel que ejerce la cultura como escenario de práctica y motor de desarrollo y cambio del individuo. La tesis fundamental de Lazarus y Steinthal, la determinación social de la mente individual, les llevó a defender la necesidad de una psicología

centrada en los procesos mentales colectivos, o Psicología de los Pueblos.

Pero aunque fueron ellos quienes trazaron los objetivos, tareas y principios básicos de dicha psicología, Wilhelm Wundt, como veremos, fue quien más hizo por su desarrollo, expansión y difusión.

Antes de entrar en Wundt, nos parece necesario resaltar que, al igual que Mill, Lazarus y Steinthal, Wilhelm Dilthey trató también de reconciliar las ciencias naturales y culturales. La Psicología, creía Dilthey, debía servir como ciencia fundadora para todas las ciencias humanas. Sin esa ciencia fundadora, afirmaba, éstas no podrían ser un sistema verdadero (Dilthey, 1923/1986). En un principio Dilthey consideró la posibilidad de que la psicología experimental pudiera ser esa ciencia fundadora. Sin embargo, rechazó gradualmente esta posibilidad porque, según su criterio, al intentar satisfacer los requisitos de las ciencias naturales para formular leyes causa-efecto entre los elementos mentales, los psicólogos habían despojado a los procesos mentales de las relaciones de la vida real entre las personas que dan significado a sus elementos. Así, llegó a decir que “...la psicología contemporánea se ha convertido solamente en una doctrina de las formas de los procesos psíquicos, captando así sólo una parte de lo que realmente experimentamos como vida mental” (citado en Ermath, 1978, pág. 148). El enfoque de Dilthey recuerda así a las ideas de Vico para quien la naturaleza humana es un fenómeno contingente históricamente. Dilthey entendía que, puesto que la psicología explicativa abarca sólo una parte de la vida mental, debe estar subordinada a un enfoque histórico-social que estudie a los individuos en relación con sus sistemas y comunidades culturales. A este enfoque lo llamó *psicología descriptiva*. Y lo más importante es que para Dilthey esta psicología debe basarse en un análisis de los procesos mentales de la vida real en situaciones de la vida real, incluidos tanto los procesos entre las personas –lo que llamaríamos plano interpsicológico– como los

procesos individuales –lo que denominaríamos plano intrapsicológico–.

LAS DOS PSICOLOGÍAS DE WILHELM WUNDT

Como decíamos más arriba, quizá el autor que más contribuyó al desarrollo de esta visión fue Wilhelm Wundt. Como recuerda Cole (1996/1999), Wundt concebía la psicología como constituida necesariamente por dos partes, cada una de las cuales se basaba en una capa distintiva de la consciencia humana. Estas partes siguen sus propias leyes y utilizan su metodología característica. El sistema de psicología propuesto por Wundt adoptó la estrategia de Mill, esto es, reconocer que están implicados dos órdenes de realidad diferentes, lo que supone crear dos psicologías, una apropiada para cada uno. Por una parte, la psicología fisiológica, el estudio experimental de la experiencia inmediata. La meta de esta mitad de la disciplina sería explicar las leyes que posibilitan que las sensaciones elementales surjan en la consciencia, y las leyes universales por las que se combinan los elementos de la consciencia. Wundt, de este modo, incorporó a la psicología el método experimental de la fisiología, fundando con ello la denominada *Psicología Fisiológica o Experimental*. Para Wundt, esta ciencia, de marcado carácter experimental y explicativo, debía tener como objetivo el estudio de la experiencia inmediata, de los procesos psicológicos simples (como las sensaciones), a través de métodos experimentales, para, con ello, poder explicar las leyes universales a través de las cuales los contenidos de la consciencia individual humana se combinan (Carpintero, 1987, 1993, 1996; Cole, 1990b, 1996/1999; Cole & Engestrom, 1993; Sahakian, 1975/1982).

Sin embargo, para completar su proyecto, Wundt vio la necesidad de contar con una segunda psicología, *la Psicología de los Pueblos*. Entendía que, debido fundamentalmente a los métodos que utilizaba la primera, se hacía imposible el estudio de los procesos psicológicos superiores (como el pensamiento o la memoria).

Además, consideraba que estos procesos tenían un fuerte carácter social, o lo que es lo mismo, se veían influidos y modificados por la cultura. Más específicamente habló de factores culturales o sociopsicológicos y definió como tales al lenguaje, los mitos y las costumbres. Así, el hecho de que por su propia naturaleza, los procesos psicológicos superiores estén modificados por la cultura, y el hecho de que si son estudiados utilizando métodos experimentales corran el riesgo de ser alterados, justifica la necesidad de nuevos métodos.

Wundt, siguiendo a Von Humboldt, llamó a esta segunda rama de la psicología “Völkerpsychologie”. Esta psicología entronca directamente con toda una tradición psicológica que ve a los fenómenos sociales y culturales como motor de desarrollo y cambio de los fenómenos psicológicos individuales. De hecho, Wundt considera que el objetivo de la Psicología de los Pueblos no es otro que entender cómo la cultura penetra tanto en los procesos psicológicos colectivos como individuales, transformándolos (Wundt, 1900-1909/1916).

De este modo, la Psicología de Wundt estuvo dividida en dos. No por la existencia de objetivos distintos (lo que negaría la posibilidad de que esta disciplina fuese una ciencia unitaria), sino por la necesidad de usar dos métodos para abordar fenómenos de naturaleza diferentes. Esto le llevó a defender que los procesos superiores requerían ser estudiados como parte de una ciencia descriptiva e histórica, como es la Psicología de los Pueblos, y a través de los métodos comparativos de la etnografía, la lingüística y la psicología social (Carpintero, 1993, 1996; Cole, 1990b, 1996/1999; Farr, 1983). Mientras la Psicología individual se construía a través del método experimental, la Psicología de los Pueblos o psicología colectiva, demandaba, métodos observacionales e históricos. Wundt creía que las dos empresas –la psicología fisiológica y la Völkerpsychologie– debían complementarse entre sí. Sólo por medio de una

síntesis de sus respectivos logros se podría alcanzar una psicología completa.

Al mismo tiempo, desarrolló un acercamiento metodológico central para la historia y la práctica actual de la investigación en psicología cultural. Según este autor, esta “segunda psicología” es, en un sentido importante de la palabra, psicología genética. Es decir, el estudio de las funciones psicológicas superiores requiere el uso de una metodología evolutivo-histórica. Hay que decir que el interés en la “segunda psicología” de Wundt, aquella a la que él asignó la tarea de comprender la participación de la cultura en los procesos psicológicos (Farr, 1983; Toulmin, 1980), ha aumentado en los últimos años.

La obra de Wundt, en su conjunto, es muy extensa y no se agota con sus aportaciones a la Psicología de los Pueblos. Sin embargo, de cara a nuestros intereses nos hemos centrado básicamente en ella. De hecho, para algunos historiadores y estudiosos de dicho autor (Cahan & White, 1992; Carpintero, 1993, 1996; Cole, 1990b, 1996/1999; Farr, 1983; Feger, 1981; Toulmin, 1980), sus aportaciones han sido duraderas y especialmente decisivas en el avance y camino seguido por la psicología contemporánea. La importancia de su legado descansa en su proyecto de construir una ciencia unitaria (que contemple fenómenos biológicos y sociales), con un objetivo que la definiera y distintos métodos que le fueran propios y que pudieran hacer frente a fenómenos de distinta índole. Tales propósitos dan sentido a que en la obra de Wundt encontremos las raíces más claras tanto de la Psicología Experimental contemporánea como de la Psicología Cultural.

La influencia de la obra de Wundt ha sido muy importante pero desigual. Su psicología experimental generó toda una revolución en psicología, condicionando y guiando en una determinada dirección el avance de ésta². Como

2. De hecho el Conductismo y la propia Psicología Cognitiva son dignas herederas de esta primera psicología wundtiana.

consecuencia de ello, otra parte de sus ideas, las que corresponden con su Psicología de los Pueblos, fueron simplemente abandonadas. El olvido de su segunda Psicología se constata en hechos como que sus seguidores no aceptaran la relación que Wundt estableció entre funciones mentales superiores e inferiores, o que pretendiesen estudiar todas las funciones psicológicas con el método experimental. Y, sobre todo, el que se relegara, de nuevo, el papel de la cultura a un segundo plano.

EN BUSCA DE UNA PSICOLOGÍA DE LA MENTE Y LA CULTURA

A nuestro juicio, el desarrollo de la Psicología Cultural ha permitido recuperar la Psicología de los Pueblos de Wundt, especialmente su defensa de la estrecha relación existente entre mente y cultura, mediada ésta por el desarrollo histórico, y con ello, reconocerle como antecedente de la misma. Esta es la tradición de la que es heredero uno de los enfoques actuales más importantes de Psicología Cultural. Nos referimos al enfoque simbólico del antropólogo Richard Shweder y sus colaboradores. Otras aproximaciones culturales, como la Psicología de Bruner o la tradición europea de Psicología cultural de Boesch y Eckensberger, aunque no de manera tan directa, también bebieron de esta segunda línea de pensamiento.

A pesar de la relevancia de esta segunda psicología wundtiana, a partir de Wundt nuestra disciplina se caracteriza por una etapa en la que la cultura es apartada de todo proyecto psicológico, tomando el rumbo de su primera psicología. Esto tuvo como consecuencia más directa el desarrollo de una psicología, la conductista, fundamentada en la defensa del postulado empirista de que el conocimiento científico debe basarse en la observación y en su acumulación progresiva. Psicología que tenía como conceptos fundamentales a los estímulos, las respuestas, a la conducta observable y a su transformación. Precisamente por ello, este modelo, según algunos (Bruner, 1991; Shweder,

1990), no sólo abandonó nociones como las de mente, conciencia, intenciones, etc. sino que, con ello, alejó a la psicología de la comprensión de los fenómenos y procesos específicamente humanos.

Ahora bien, el hecho de que la psicología asumiera como tarea propia el descubrimiento de los rasgos universales de la constitución psicológica humana no significa necesariamente que ignorara la cultura. No obstante, si examinamos cualquier manual introductorio actual podremos comprobar como se concede a la cultura un papel claramente menor y, cuando aparece, se alude a ella únicamente en términos de diferencias culturales. Autores como Shweder (1990, 1991) mantienen que los psicólogos, incluso cuando parecen atribuir gran influencia a la cultura, asumen que ésta actúa por medio de mecanismos universales que son el objeto real de sus intereses.

Como es sabido, en los años sesenta surge la denominada *revolución cognitiva* como reacción ante el tipo de psicología dibujada por el conductismo radical. El proyecto inicial abanderado por la revolución cognitiva, del que Bruner fue uno de sus máximos impulsores, tenía, de cara a nuestros intereses, dos objetivos fundamentales.

Por un lado, pretendía instaurar el significado como objeto de estudio de la psicología. Su meta era “descubrir y describir formalmente los significados que los seres humanos creaban a partir de sus encuentros con el mundo, para luego proponer hipótesis acerca de los procesos de construcción de significado en que se basaban” (Bruner, 1991, p. 21). Con ello, Shweder (1990) considera que la psicología recuperaba nociones abandonadas y relegadas de la psicología por el conductismo como la de representaciones mentales, o sus estados y mundos intencionales.

Por otro lado, la revolución cognitiva quiso, en un principio, incluir a la cultura en el esquema general de interpretación de la naturaleza psicológica del individuo. Esta revolución

pretendía ser más que una manera de mejorar el conductismo. Debía fundar una psicología centrada en el proceso de crear significado (Santamaría, 2002).

No obstante, las intenciones iniciales de esta revolución fueron de algún modo secuestradas por aquellos que reducían la mente a una máquina. Bruner se sitúa con aquellos que están preocupados por el hecho de que la transformación de la “psicología cognitiva” en “ciencia cognitiva” y el creciente énfasis en la reducción de lo cognitivo a lo fisiológico deshumanice el concepto de mente que la misma revolución cognitiva se había propuesto rescatar. Más de 40 años después de que se iniciará tal revolución, podríamos decir que el resultado ha sido muy distinto al que se esperaba.

De un lado, se produjo un cambio de unidad de análisis: la información en lugar del significado. Así, se giró desde posiciones iniciales para las que la construcción del significado se situaba en el centro del debate psicológico, a las que se preocupaban fundamentalmente del procesamiento de la información. La adopción de la metáfora del ordenador tuvo mucho que ver en este giro. Pero, además, el segundo objetivo que se propuso, la inclusión de la cultura en el análisis de lo psicológico, desde muy pronto fue borrado de la agenda de la Psicología Cognitiva. La década de los setenta supuso una nueva organización de los medios académicos para dirigirse a la naturaleza de la mente: la ciencia cognitiva, cuyas voces dominantes se mantuvieron firmes en la tradición de la primera psicología de Wundt.

De este modo, mientras que para algunos, la ciencia cognitiva, con su énfasis en la labor interdisciplinar y la reintegración de la filosofía y la lingüística en las ciencias sociales, proporciona un prometedor punto de partida para restituir la cultura al estudio de la mente (Hutchins, 1995), para otros, como Bruner, la ciencia cognitiva representa sólo la última forma de la fascinación humana con la tecnología y el tecno-racionalismo, así como con la ilusión de

que las máquinas proporcionan la medida de la naturaleza humana.

Pero esto no es todo. Por otra parte, cuando la cultura se convirtió en tema de investigación, lo hizo en forma de investigación transcultural. Ahora bien, la mayor parte de este trabajo se desarrolló en el marco del conductismo metodológico, en el que se concede a la cultura la categoría de variable independiente. Como hemos señalado anteriormente, la Psicología Transcultural supone un intento renovado de superar, precisamente, el fracaso de la Psicología Cognitiva para incluir en sus análisis a los aspectos histórico-culturales como motor del desarrollo psicológico. Pero es un intento que, al adoptar los términos típicos de la Psicología Cognitiva y mantener las nociones que ésta defendía sobre ellos, entiende la relación entre los procesos cognitivos y los aspectos culturales en términos de variables dependiente e independiente respectivamente.

Con esto, no queremos renunciar a los resultados de los cien últimos años de investigación en el marco de lo que hemos denominado la primera psicología. Los estudios transculturales, cuando han sido sensibles a la variable actividad o práctica cultural, han servido incluso para refutar algunas conclusiones etnocéntricas. Como por ejemplo ha ocurrido con la creciente atención de estos investigadores, especialmente los que estudian el desarrollo cognitivo, hacia las cuestiones del contexto (Wozniak & Fisher, 1993). Ahora bien, hemos de decir, y en esto nos situamos con Cole (1996/1999), que la investigación transcultural tiene una capacidad limitada en proporcionar una explicación positiva para el papel de la cultura en la vida mental. Lo que se necesita es una forma distinta de investigación psicológica que reconozca que la psicología es una disciplina claramente dividida (Koch & Leary, 1985).

Es por ello, tal y como recuerda Greenfield (1997), por lo que en este artículo se considera que la Psicología Cultural ha surgido y se ha desarrollado fundamentalmente por dos razones.

Por un lado, por la insatisfacción de muchos investigadores con la Psicología Transcultural tradicional (Boesch, 1991, 1996; Cole, 1995a, 1996/1999; Eckensberger, 1990), y especialmente con el modo en que ésta entendía la mente y la cultura así como la relación entre ambas. Por otro, por el deseo de algunos antropólogos por entender a la persona más allá de ser considerada como una especie de “envoltorio” supraindividual (Cole, 1995a, 1996/1999). Frente a visiones que defendían que la psicología debía encargarse de desentrañar los procesos cognitivos (el “software”), entendidos éstos como atributos universales de la especie, un buen número de investigadores ha comenzado a formular importantes críticas a la Psicología Transcultural tradicional y, en muchos casos, ha reconocido la necesidad de desarrollar una nueva psicología de la cultura, para la que se ha propuesto el título de “Psicología Cultural”.

Partiendo de las críticas a la Psicología Transcultural tradicional de la década de los sesenta, en un intento de diferenciarse de ella, y como consecuencia de los nuevos desarrollos de la antropología psicológica, especialmente asociados a las nociones de persona y self, se agrupan un conjunto de autores que coinciden en defender la necesidad de una nueva forma de estudiar la relación entre individuo y cultura y de otorgar un papel central a ésta última (Koch & Leary, 1985). No obstante puede hablarse de una gran heterogeneidad de ideas, tanto en lo teórico como en lo metodológico, en todos estos autores. Algunos de ellos, entre los que nos situamos, no coinciden en el diagnóstico de que la Psicología Cultural pudiera haber surgido únicamente como respuesta a las deficiencias de la psicología comparativa transcultural. En esta línea, hemos venido señalando en el presente artículo que la pre-historia de la Psicología Cultural habría que buscarla ya en el siglo XVII con los trabajos del humanista Giambattista Vico. Además, a nuestro juicio, la investigación transcultural de los años

sesenta no fue la primera en aplicar métodos estándar para investigar la interacción entre mente y cultura. Como otros autores señalan, el término Psicología Cultural no es nuevo, sino que puede remontarse a autores como Lazarus y Steinhil o Wundt (Jahoda, 1992/1995). Ahora bien, en las dos últimas décadas ha vuelto a popularizarse, en un intento por marcar las diferencias con la investigación transcultural tradicional.

Así, en la construcción de la llamada Psicología Cultural, junto a la Psicología Transcultural, no podemos olvidar la importancia de otras tradiciones desarrolladas a finales del siglo XIX y principios del XX como la escuela histórico-cultural rusa de Vygotski, Leontiev y Luria; la tradición cultural alemana, desde Dilthey a Boesch; la tradición británica de autores como Rivers y Bartlett; el trabajo de Baldwin, Mead y Dewey en los Estados Unidos; el trabajo de Janet y Bergson, y los psicólogos sociales inspirados en Durkheim, en Francia; etc. Estas y otras tradiciones constituyen una especie de red de visiones y perspectivas coexistentes y mutuamente enriquecedoras en la tarea de construir una Psicología Cultural.

Todo ello no quiere decir que entre los distintos defensores de esta empresa no existan ciertas discrepancias, tanto en lo teórico como en lo metodológico, a la hora de concretar dicho proyecto. El criterio que podría diferenciarlas no es ya el hecho de que asuman diferentes perspectivas metodológicas, o incluso que impliquen comparaciones y análisis multi-culturales de distinta naturaleza, más bien la característica que las distinguiría estaría relacionada con los presupuestos teóricos y conceptuales en los que se sustentan. En esta línea, Miller (1994) habla de que la Psicología Cultural puede ser definida desde múltiples perspectivas, siendo cada una de ellas claramente incompleta³. Miller destaca hasta tres perspectivas desde las que definir la Psicología Cultural:

3. En la actualidad no existe un acuerdo generalizado en cuanto a la definición de Psicología Cultural. Incluso algunos autores destacan la conveniencia de hablar de “Psicologías Culturales” más que de “Psicología Cultural”. Los acercamientos a la misma, ofrecidos en este artículo, representan únicamente algunas de las posibles interpretaciones en este campo.

- a) desde una perspectiva categorial, la Psicología Cultural puede ser entendida como un campo interdisciplinar que encuentra sus raíces históricas en la antropología, la psicología y la lingüística.
- b) desde una perspectiva teleológica, la Psicología Cultural es entendida como una dirección a seguir en la investigación y la teoría acerca de la relación mente-cultura.
- c) desde una perspectiva que Miller denomina politética, la Psicología Cultural haría referencia a un conjunto de aproximaciones que comparten muchos, pero no todos, los presupuestos teóricos y metodológicos que la sustentan y que, en ocasiones, mantienen presupuestos mutuamente incompatibles.

Esta falta de unanimidad entre autores y perspectivas, a la que venimos aludiendo, se constata en varios aspectos, pero especialmente en la idea de cultura y cognición –y la relación entre ambas– que éstas manejan, y que les ha llevado a defender distintas posiciones –en ocasiones bastante alejadas– sobre los objetivos que la Psicología Cultural debe plantearse, las preguntas a las que debe responder, los métodos y técnicas que debe emplear y en definitiva, su propio estatus y relación con la Psicología.

Por último, conviene reseñar no obstante que a pesar de la gran cantidad de autores y trabajos que pueden estar relacionados con la constitución de una Psicología Cultural, son concretamente una serie de trabajos teóricos, coincidentes casualmente en su fecha de publicación, los que de alguna manera se han terminado considerando como marcadores de la emergencia de la Psicología Cultural como una perspectiva teórica y metodológica con entidad propia. Se pueden destacar tres.

Por un lado, el trabajo de Richard Shweder (1990) en el que defiende que la Psicología

Cultural representa una aproximación interdisciplinar cuyas asunciones y agenda se derivan de campos estrechamente relacionados como la psicología general, la psicología transcultural, la etnopsicología, y la antropología psicológica tradicional. Por otro, el trabajo de Michael Cole (1990a) en el que enfatiza las raíces de la Psicología Cultural en la aproximación socio-histórica asociada a figuras como Vygotski, Luria y Leontiev, y en cuya aproximación es central una visión de que los procesos psicológicos están culturalmente mediados, históricamente desarrollados, especificados contextualmente, y derivados de la actividad práctica. Y por último, el trabajo de Jerome Bruner (1991), centrado en la consideración del individuo como participante en mundos culturalmente constituidos, vitales en el desarrollo de sus capacidades. En dicho trabajo, Bruner destaca la importancia de los significados culturales en la constitución del individuo y cómo éstos son negociados en la interacción, y señala que deben ser parte necesariamente integral de cualquier teoría psicológica.

Algunos otros trabajos podrían ser destacados como orígenes de la Psicología Cultural (para un acercamiento histórico ver, Jahoda, 1992/1995; Cole, 1996/1999), pero quizá los tres arriba señalados suponen un acuerdo generalizado como impulsores de un nuevo modo de hacer psicología. Un modo de hacer psicología, con el que coincidimos, y que centra la atención en estudiar la relación entre cultura y mente desplazando el centro de interés desde los procesos a las prácticas en las que éstos tienen lugar, desde la búsqueda de universales al análisis de los aspectos del funcionamiento psicológico generados y moldeados por las características de estas prácticas, y desde el procesamiento de la información a la construcción conjunta de significados (Santamaría, 2004). Esta orientación toma forma en la Psicología Cultural que en este trabajo se ha venido configurando.

REFERENCIAS

- Albano, M.E. (1986). *Vico and Providence*. Nueva York: Peter Lang.
- Berlin, I. (1976). *Vico and Herder*. Londres: Routledge.
- Berlin, I. (1981/1983). *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Berlyne, D.E. (1980). Psychological aesthetics. En H.C. Triandis & W.J. Lonner (Eds.), *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 3: Basic Processes*. Boston: Allyn and Bacon.
- Berry, J.W., Poortinga, Y.H., Segall, M.H., & Dasen, P.R. (Eds.) (1992). *Cross-cultural psychology: Research and applications*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Boesch, E. (1991). *Symbolic action theory and cultural psychology*. Heidelberg: Springer.
- Boesch, E. (1996). The seven flaws of cross-cultural psychology. The story of a conversion. *Mind, Culture and Activity*, 3, 2-10.
- Braudel, F. (1980). *On history*. Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Bruner, J. (1997). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Aprendizaje Visor.
- Burke, P. (1985). *Vico*. Oxford: Oxford University Press.
- Cahan, E.D. & White, S.H. (1992). Proposals for a second psychology. *American Psychologist*, 47, 224-235.
- Carpintero, H. (1987). *Historia de la psicología*. Valencia: Nau Llivres.
- Carpintero, H. (1993). Wilhelm Wundt y la psicología científica. En E. Quiñones, F. Tortosa & H. Carpintero (Eds.), *Historia de la psicología. Textos y comentarios*. Madrid: Tecnos.
- Carpintero, H. (1996). *Historia de las ideas psicológicas*. Madrid: Pirámide.
- Cole, M. (1990a). Cultural psychology: a once and future discipline? En J. J. Berman (Ed.), *Cross-cultural Perspectives*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Cole, M. (1990b). Cognitive development and formal schooling: the evidence from cross-cultural research. En L.C. Moll (Ed.), *Vygotsky and education. Instructional implications and applications of sociohistorical psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cole, M. (1992). Culture in development. En M.H. Bornstein & M.E. Lamb (Eds.), *Developmental psychology: An advanced Textbook*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Cole, M. (1995a). Socio-cultural-historical psychology: Some general remarks and a proposal for a new kind of cultural-genetic methodology. En J.V. Wertsch, P. del Río & A. Alvarez (Eds.), *Sociocultural studies of mind*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Cole, M. (1995b) Culture and cognitive development: From cross-cultural research to creating systems of cultural mediation. *Culture and Psychology*, 1, 25-54.
- Cole, M. (1996/1999). *Psicología cultural*. Madrid: Morata.
- Cole, M. & Engestrom, Y. (1993). A cultural-historical approach to distributed cognition. En G. Solomon (Ed.), *Distributed cognition. Psychological and educational considerations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cubero, M. (1999). *Psicología cultural*. Sevilla: Proyecto Docente, Universidad de Sevilla.
- de la Mata, M.L. & Cubero, M. (2003). Psicología cultural: aproximaciones al estudio de la relación entre mente y cultura. *Infancia y Aprendizaje*, 26 (2), 181-199.
- Dilthey, W. (1923/1986). *Introducción a las ciencias del espíritu: ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*. Madrid: Alianza.
- Eckensberger, L. (1990). From cross-cultural psychology to cultural psychology. *The Quarterly Newsletter of the Laboratory of Comparative Human Cognition*, 12, (1), 37-52.
- Ermath, M. (1978). *Wilhelm Dilthey: the critique of historical reason*. Chicago: University of Chicago Press.
- Farr, R.M. (1983). Wilhelm Wundt (1832-1920) and the origins of psychology as an experimental and social science. *British Journal of Social Psychology*, 22, 289-301.
- Feger, H. (1981). Wilhelm Wundt: fundador de la psicología empírica. *Historia de la Psicología*, 1, 5-18.
- Greenfield, P.M. (1997). Culture as process: Empirical methods for cultural psychology. En J.W. Berry, Y.H. Poortinga & J. Pandey (Eds.), *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 1: Theory and Method*. Boston: Allyn and Bacon.
- Hutchins, E. (1995). *Cognition in the wild*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Jahoda, G. (1992/1995). *Encrucijadas entre la cultura y la mente*. Madrid: Aprendizaje Visor.
- Jahoda, G. (1993). The colour of a chameleon: Perspectives on concepts of "culture". *Cultural Dynamics*, 6, 277-288.
- Jahoda, G. & Krewer, B. (1997). History of cross-cultural and cultural psychology. En J.W. Berry, Y.H. Poortinga & J. Pandey (Eds.), *Handbook of cross-cultural Psychology, Vol. 1: Theory and Method*. Boston: Allyn and Bacon.
- Klineberg, O. (1980). Historical perspectives: Cross-cultural Psychology before 1960. En H.C. Triandis & W.W. Lambert (Eds.), *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 1: Perspectives*. Boston: Allyn and Bacon.
- Koch, S. & Leary, D.E. (1985). *A century of psychology as science*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Koeping, K-P. (1983). *Adolf Bastian and the psychic unity of mankind*. St. Lucia: University of Queensland Press.

- Krewer, B. (1990). Psyche and culture: Can a culture-free psychology take into account the essential features of the species, *Homo sapiens*? *The Quarterly Newsletter of the Laboratory of Comparative Human Cognition*, 12 (1), 24-36.
- Krewer, B. & Jahoda, G. (1990). On the scope of Lazarus and Steinthal's "Völkerpsychologie" as reflected in the *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft* (1860-1890). *The Quarterly Newsletter of the Laboratory of Comparative Human Cognition*, 12 (1), 4-12.
- Lonner, W.J. (1980). The search for psychological universals. En H.C. Triandis & W.W. Lambert (Eds.), *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 1: Perspectives*. Boston: Allyn and Bacon.
- Lonner, W.J. & Adamopoulos, J. (1997). Culture as antecedent to behavior. En J.W. Berry, Y.H. Poortinga, & J. Pandey (Eds.), *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 1: Theory and method*. Boston: Allyn and Bacon.
- Miller, B. D. (1994). A case of missing persons: Cultural relativism in today's world. *Anthropological Notes*, 16 (3), 1-8.
- Moore, J.D. (1997). *Visions of culture. An introduction to anthropological theories and theorists*. Walnut Creek: AltaMira Press.
- Overton, W.F. (1997). Beyond dichotomy: an embodied active agent for cultural psychology. *Culture and Psychology*, 3, 315-335.
- Poortinga, Y. (1997). Towards convergence? En J.W. Berry, Y.H. Poortinga, & J. Pandey (Eds.), *Handbook of Cross-cultural Psychology, Vol. 1: Theory and method*. Boston: Allyn and Bacon.
- Sahakian, W.S. (1975/1982). *Historia y sistemas de la psicología*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Santamaría, A. (2000). *Psicología Cultural*. Sevilla: Proyecto Docente, Universidad de Sevilla.
- Santamaría, A. (2002). ¿De qué hablamos cuando hablamos de significado? El problema del significado en la constitución de la mente. *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje*, 10 (2), 173-191.
- Santamaría, A. (2004). ¿Es posible el diálogo entre la mente y la cultura? Hacia una psicología cultural de la mente. *Suma Psicológica*, 11, 247-266.
- Shweder, R. A. (1990). Cultural psychology -What is it? En J.W. Stigler, R.A. Shweder, & G. Herdt (Eds.), *Cultural psychology. Essays on comparative human development*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shweder, R.A. (1991). *Thinking through cultures: Expeditions in cultural psychology*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Toulmin, S. (1972/1977). *La comprensión humana, I. El uso colectivo y la evolución de los conceptos*. Madrid: Alianza Universidad.
- Toulmin, S. (1980). Toward reintegration: an agenda for Psychology's second century. En R.A. Kaschau & F.S. Kessel (Comps.), *Psychology and society: In search of symbiosis*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Triandis, H.C. & Berry, J. W. (Eds.) (1980). *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 2: Methodology*. Boston: Allyn and Bacon.
- Triandis, H.C. & Heron, A. (Eds.) (1981). *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 4: Developmental psychology*. Boston: Allyn and Bacon.
- Triandis, H.C. & Lambert W.W. (Eds.) (1980). *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 1: Perspectives*. Boston: Allyn and Bacon.
- Triandis, H.C. & Lonner, W.J. (Eds.) (1980). *Handbook of cross-cultural psychology, Vol. 3: Basic Processes*. Boston: Allyn and Bacon.
- Vico, G. (1725/1995). *Ciencia nueva*. Madrid: Tecnos.
- Vygotski, L.S. (1930/1981a). The instrumental method in psychology. En J.V. Wertsch (Ed.), *The concept of activity in Soviet psychology*. Armonk, N.Y.: Sharpe.
- Vygotski, L.S. (1934/1986). *Thought and language*. Cambridge: The MIT Press.
- Vygotski, L.S. (1978/1979a). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica.
- Vygotski, L.S. (1979b). Consciousness as a problem in the psychology of behavior. *Soviet Psychology*, 17 (4), 3-35.
- Vygotski, L.S. (1991). *Obras Completas. Vol. I*. Madrid: Aprendizaje Visor.
- Vygotski, L.S. (1993). *Obras Completas. Vol. II*. Madrid: Aprendizaje Visor.
- Whitman, J. (1984). From philology to anthropology in mid-nineteenth-century Germany. En G.W. Stocking (Ed.), *Functionalism historicized*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Wozniak, R. & Fisher, K. (1993). *Development in context: acting and thinking in specific environments*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Wundt, W. (1900-1909/1916). *Elements of folk psychology (Vols. I & II)*. Nueva York: Macmillan.